

La metáfora, un recurso en la formación de pensamiento

Luz Amparo FAJARDO URIBE*



Detalle obra "La inviolabilidad del domicilio"
Gloria Corral

Resumen

Este trabajo pretende mostrar las diferencias entre el lenguaje literal y el lenguaje no literal y enfatiza el hecho de que estas dos formas de lenguaje están presentes en la lengua cotidiana. El lenguaje literal no presenta ninguna dificultad de comprensión para el receptor por cuanto ésta sólo requiere de un proceso de descodificación que le permite alcanzar el nivel semántico de la lengua. En oposición, el lenguaje metafórico no sólo necesita ser descodificado sino que requiere que el receptor desarrolle procesos inferenciales que le permitan entender lo que el hablante significó en ese momento específico de la comunicación; es decir, el receptor necesita un conocimiento pragmático que le es dado por el contexto, por el hablante y por sus intenciones con el fin de comprender el significado del hablante. Este trabajo trata de mostrar cómo los procesos de cognición y formación de pensamiento se logran especialmente a través del uso del lenguaje metafórico.

Palabras Clave: lenguaje literal, lenguaje metafórico, procesos inferenciales, procesos cognitivos y formación del pensamiento.

The metaphor, a source in thought formation process

Abstract

This paper pretends to show the difference between literal and non literal language, and emphasizes the fact that both of them are used in the everyday language. The literal language does not present any difficulty for the listener to understand it because it only uses a decoding process to reach the semantic level of the language. The metaphorical language, in opposition, not only needs to be decoded but requires the listener to develop inferential processes that let him understand what the speaker means by that statement in that specific moment of the communication; that is to say, the listener needs a pragmatic knowledge given to him by the context, the speaker and his intentions to understand the utterer's meaning. This paper shows how the cognition and the thought formation processes are achieved specially through the use of the metaphorical language.

Key Words: literal language, metaphorical language, inferential processes, cognition process, thought formation.

Históricamente se le atribuye al trabajo la aparición del lenguaje, pues es en este contexto donde el hombre se ve abocado a conocer el mundo, conceptualizarlo, rotularlo, relacionar e intercambiar ideas acerca de éste. Gracias al trabajo, se reconoce al otro y se le otorga la importancia que tiene en el proceso de supervivencia. La comunicación aparece, en este contexto, como un instrumento indispensable de interacción con el otro y, por lo tanto, requiere de estrategias que la hagan cada vez más eficaz para lograr los objetivos que el hablante se proponga. En esa búsqueda de precisión y eficiencia se presentan como opciones lingüísticas el lenguaje literal y el lenguaje figurado; su escogencia dependerá de las necesidades comunicativas y cognitivas que tengan los interlocutores.

Lenguaje figurado vs. Lenguaje literal

A la realidad nos acercamos a través del uso del lenguaje, pues mediante éste organizamos el mundo en base a conceptos y categorías que se manifiestan en el uso del lenguaje literal o del lenguaje figurado. No obstante, en el proceso de intercambio que se

* Profesora asociada del departamento de Lingüística de la Universidad Nacional de Colombia. Magister en Lingüística Española del Seminario Andrés Bello, Instituto Caro y Cuervo. Doctora en Filología Universidad Nacional de Educación a Distancia UNED. Licenciada en Español Principal, Inglés mayor de la Universidad Pedagógica Nacional.

Calle 104 # 15-76 apartamento 301,
Bogotá D.C., Colombia.
luzafajardo@hotmail.com

establece entre dos participantes -no importa si se trata de un texto oral o escrito, o si se emplea lenguaje literal o figurado-, el objetivo es llegar al otro, que ese otro sea capaz de descubrir el sentido de lo que se le está transmitiendo, que pueda establecer las conexiones entre lo que se dice y el mundo conceptual al que se está haciendo referencia.

Cuando nos enfrentamos a la dicotomía entre lo literal y lo figurado inevitablemente nos vemos obligados a pensar en otras dicotomías que se mueven paralelamente: verdad-falsedad, real-imaginativo, convencional-novedoso, muerto-vivo, estable-inestable, denotativo-connotativo, fijo-dinámico, entre otras, y rápidamente nos inclinamos a pensar que lo literal se identifica con lo verdadero, lo convencional, lo muerto, lo estable, lo denotativo, lo fijo; mientras que consideramos que lo figurado le imprime a la comunicación y a los procesos cognitivos todo lo imaginativo, lo novedoso, lo vivo, lo inestable, lo connotativo y quizás lo falso.

Tradicionalmente, se ha considerado que el lenguaje literal es el lenguaje de la cotidianidad, el que puede dar cuenta de la realidad de manera exacta, el que responde a las reglas fijadas mediante convenciones previamente establecidas y al que se le pueden atribuir valores de verdad o falsedad. El lenguaje literal no plantea dualidades de significado dado su carácter preciso y concreto, por lo tanto, no plantea niveles de significación sino que su capacidad significativa es única. El lenguaje figurado o no literal, en oposición, ha sido considerado inexacto, dado que es el fruto de caprichos lingüísticos individuales; además, dado su carácter singular y subjetivo, no se le puede someter a pruebas de verdad o falsedad. Es considerado anormal, como lo describía Aristóteles, y en ese sentido, afirmaba él, no es fundamental para comprender lo que se está comunicando, sino que es una forma de adornar lo que se dice. No sirve a fines semánticos sino que su función es esencialmente pragmática, de ahí la importancia de que, tanto quien lo produce como quien lo escucha, estén en capacidad de plantear la diferencia entre el significado que le ha sido asignado a un enunciado determinado por convención previa y el sentido que adopta dentro de un contexto lingüístico y comunicativo particular. De ahí que se considere que exprese grados de significación variables con el contexto. Sin embargo, y a pesar de lo dicho, no podemos desconocer la importancia del lenguaje figurado dentro de una teoría

de la comunicación ya que éste está construido en base a realizaciones lingüísticas vivas y eficientes, y dadas sus características es impactante y fácil de recordar; además, se presenta como el motor a partir del cual se modifican significados ya existentes, se generan nuevos y se da lugar a nuevas concepciones de la realidad.

El uso del lenguaje figurado implica que el proceso de comunicación no se reduce solamente a comprender los elementos que allí se contienen, ni a realizar simplemente operaciones de decodificación, sino que nos obliga a realizar procesos de interpretación que tienen en cuenta la intención de quien produce el enunciado, su relación con el interlocutor y el contexto en el cual se enmarca. Es decir, el proceso de interpretación del lenguaje figurado exige que se lleven a cabo procesos inferenciales que permitan ir más allá del significado de las palabras mismas y alcanzar, de esa manera, el sentido de los enunciados que un hablante determinado produce en unas circunstancias socio comunicativas particulares.

Uno de los terrenos en los que la lingüística se ha movido con mayor dificultad es el del significado. A través de la historia de los estudios del lenguaje han surgido tendencias y corrientes diferentes que intentan explicar este fenómeno; así por ejemplo, desde la óptica de la teoría de los campos semánticos, se dice que el significado que se le asigna a las palabras depende de su relación con otras palabras que se mueven dentro del mismo terreno conceptual. Otros, se han dedicado a estudiar las palabras en relación con otras cuyo significado es semejante. Es entonces cuando surge la sinonimia, la cual se explica a partir del hecho de que varias palabras tienen un mismo significado o por lo menos uno muy cercano y, por lo tanto, se percibe una correspondencia casi de uno a uno entre sus rasgos estructurales. Sin embargo, estos modelos han dejado de lado lo relacionado con la comunicación en cuyo caso, probablemente, los términos dejarían de ser sinónimos perfectos.

En oposición al estudio de la sinonimia, surge el de la polisemia, a partir del cual se afirma que una misma palabra puede tener significados diversos dependiendo de las situaciones en las que deba ser empleada. La sinonimia, entonces, se explica como un fenómeno de literalidad, mientras que la polisemia da lugar a las construcciones metafóricas. El fenómeno de la polisemia ha sido ampliamente estudiado en sus dimensiones sincrónica y diacrónica. La segunda, particular-

mente, ha permitido demostrar cómo algunas palabras que, en un momento determinado de la historia, tenían una significación literal, han modificado su literalidad y adoptado significados diversos –algunos de ellos metafóricos– dadas las necesidades expresivas de los hablantes. Los significados polisémicos pueden convivir bajo el mismo rótulo por largos períodos de tiempo sin que los significados nuevos borren necesariamente los significados más viejos. En el caso de algunas palabras, inclusive se ha perdido el significado original, al punto que no se reconoce la construcción metafórica que dio origen a la palabra actual: ese es el caso de la palabra *banco*. Recordemos que la palabra se origina en el *banco* empleado por la persona que en otros tiempos prestaba dinero y se sentaba en éste en un lugar que la gente ya conocía e identificaba. Es decir, la palabra *banco* en un principio era estrictamente literal, pero con el paso de los años y dada la utilización metafórica que comenzó a hacerse, se tornó polisémica. Debemos anotar que los hablantes no reconocen hoy las utilidades de *banco* como metafóricas, pues la mayoría de ellos desconocen el origen de la palabra con la que se designa la entidad financiera. Podemos afirmar que las palabras en general poseen como característica natural la posibilidad de engendrar usos nuevos, usos metafóricos, dado que éstos no dependen de las condiciones lingüísticas de las palabras sino de las necesidades cognitivas, contextuales y comunicativas que se les imponen a los hablantes.

Comúnmente se dice que con el paso del tiempo aquellos usos del lenguaje que inicialmente fueron metafóricos van desapareciendo ya sea por el paso de los años, por los cambios de hábitos o por modificaciones en las convenciones; tal es el caso de las palabras que ingresan al diccionario como entradas del lenguaje ordinario, por cuanto así se perciben en el momento en que entran a ser parte del inventario de lemas, o de aquéllas que pierden el efecto novedoso y emotivo propio de las metáforas. Sin embargo, la metáfora no muere en su totalidad, sólo una parte de ella, de ahí que reconozcamos, en muchos casos, el carácter metafórico que tuvo alguna vez. En el proceso de desaparición, esas metáforas que ‘mueren’ se convierten en el abono preciso para el crecimiento semántico de la lengua y el pensamiento.

Una metáfora tiene un pasado que debemos conocer para apreciar el nivel de convencionalis-

mo corriente o la así llamada literalidad. En la ‘muerte’ de una metáfora, el umbral cognitivo es proyectado hacia adelante. Por eso podemos discernir entre el proceso de envejecimiento de una metáfora y su decaimiento eventual como una parte constitutiva del desarrollo y crecimiento cognitivo. (Radman, 1997:39).

El significado metafórico de una palabra se entiende en el momento en que éste es comparado con el significado literal de la misma. Pero surge entonces el interrogante con respecto a ¿cuál o qué es el significado literal? En términos generales es el que encontramos en los diccionarios, es el que le es asignado habitualmente a la palabra en cuestión, lo cual, en principio, no dificulta su comprensión. Es lo denotativo, lo que permanece. El metafórico, por el contrario, no siempre se encuentra en los diccionarios, aunque vale la pena decir que en algunos casos se puede encontrar alguna información acerca de estos usos. Lo normal es que tengamos que utilizar el contexto como recurso para la comprensión de este tipo de significado: sólo descubrimos que una palabra está siendo usada con un sentido metafórico si la situamos en un contexto y la palabra en cuestión se utiliza en un sentido diferente al literal. Generalmente ocurre que las otras palabras que acompañan a la palabra usada en sentido metafórico conserven su literalidad. Sin embargo, es importante mencionar que, a pesar de que las demás palabras conservan su significado literal, se dan cambios sustanciales de significado en la totalidad del enunciado que contiene la palabra cuyo significado se desvió.

Lo metafórico es lo figurado, lo imaginado; son todas aquellas expresiones en las que tenemos que identificar lo que *podrían* significar, a través de procesos de interpretación que nos obligan a ubicar dentro de una gama de posibles connotaciones aquéllas que se acomodan más al contexto; el lenguaje metafórico, se dice, tiene un efecto contaminante que impide el razonamiento científico y objetivo. Lo literal se concibe como lo inmediato, transparente, objetivo, es la interpretación semántica que se le asigna a un término de acuerdo con las reglas de composición de la lengua, en una frase: lo que una expresión lingüística *es*. Se dice también que lo literal está presente en la lengua convencional, es susceptible de ser calificado con valores de verdad, es la materia prima a partir de la cual se construyen las definiciones del léxico y a través del cual se emiten los conceptos de la gramática de una lengua.

Tradicionalmente, se le consideró el uso lingüístico preferido por la ciencia por cuanto refleja la realidad objetivamente, de ahí que los positivistas, por ejemplo, consideren que la metáfora no tiene implicaciones cognitivas ya que ésta dice una cosa y significa otra, lo que no sucede con las expresiones literales. Inclusive hay propuestas teóricas que se inclinan por afirmar que lo literal es la base del significado, es lo que provee lo básico, lo elemental, lo primario del significado. El significado literal surge de la semántica de las palabras y de su organización sintáctica, en esa medida es independiente del contexto.

El discurso literal permanece esencialmente dentro de un campo semántico. La predicación en el discurso literal tiene lugar dentro de un campo; es decir, obedece a las reglas restrictivas de selección que reflejan nuestra comprensión común acerca del conocimiento lógico, lingüístico y el empírico bien arraigado. (Steinhart, E. y E. Kittay, 1994: 42)

Lo literal se puede percibir sin dificultad, mientras que lo metafórico lo tenemos que in-

ferir. Lo metafórico viola las reglas restrictivas de selección y es en esa medida que se percibe como una especie de cruce entre campos semánticos, dado que se alteran las normas de la lógica-semántica por cuanto se asignan algunos de los rasgos propios de una realidad a otra con la que no guarda similitud aparente.

El método deductivo-positivista, por ejemplo, ha promulgado la utilización de un lenguaje literal y lógico que describa los fenómenos científicos de manera precisa, directa y verificable. Pues se considera que la metáfora, dado que no emplea un lenguaje objetivo, exacto y por tanto literal, no hace posible la descripción de fenómenos, ni de descubrimientos científicos. Algunos teóricos le temen a la falsedad de la metáfora por cuanto desconocen que ésta es una forma de engendrar conocimiento y de comunicar sentido.

La tradición de formas de procedimiento racional y de razonamiento científico 'propias' e 'impropias' tienen una larga historia. Está basada en el dualismo entre racionalidad, objetividad, exactitud y factualidad asociadas con la ciencia, por una parte, y la imaginación, subjetividad, expresión libre y ficción asociadas a la literatura y al arte, por otra. La explosión en el siglo XVII de la ciencia natural y del cientificismo en el XIX, con su creciente optimismo en la solución de problemas, profundizó el vacío entre estos dos polos. El lenguaje metafórico, asociado con esta última clase de propiedades, fue, en consecuencia, colocado en oposición al lenguaje de la ciencia. (Radman, 1997:20).

El positivismo lógico, entonces, promovió el empleo de la lengua literal con el argumento de que el lenguaje científico debe ser preciso, directo y verificable y en ese sentido propende por la formación de nuevas palabras que den cuenta de las necesidades expresivas de los hablantes, asignándole siempre a cada palabra un único referente. El semiólogo Charles Peirce (1958), en oposición, anotaba, que los lógicos ante la posibilidad de construir una lengua nueva, probablemente se inclinarían por tener proposiciones que les brindaran información espacial, temporal y relaciones de dentro y fuera, para todo lo demás bastaría con el empleo de metáforas.



“Visión I”
Horacio Srucci

Consideramos importante resaltar que la metáfora proporciona nuevo vocabulario e introduce nuevas relaciones entre los objetos de la realidad, de ahí que puedan ser consideradas como artefactos lingüísticos que proporcionan un contenido cognitivo y no como simples elementos retóricos. Su utilidad, desde esta perspectiva, en la descripción del objeto de estudio de la ciencia es amplia por cuanto se convierte en material importante a partir del cual se construyen argumentos que hacen posible la ilustración de lo científico. La metáfora, entonces, con el correr de los años, ha ido perdiendo ese carácter estrictamente estético que se le atribuía desde la antigüedad, lo que ha hecho posible su uso en la producción y comprensión de textos de orden científico.

Es importante anotar que la metáfora no crea nuevas palabras para dar cuenta de los múltiples objetos y fenómenos de la realidad, sino que reorganiza las existentes de tal forma que brinda una nueva visión de éstas y les otorga nuevos sentidos a partir del uso que de éstas se hace. Esto nos lleva a que hoy en día se reconozca la capacidad de la metáfora, aunque sea no literal, vaga y no verificable, para describir los procesos cognitivos que se desarrollan alrededor de diferentes hechos científicos. Es indudable su aporte a la conceptualización o reconceptualización de los fenómenos, a pesar de que se perciba un sabor de inexactitud y subjetividad.

Radman (1997) afirma que lo literal no es algo *dado*, sino algo que se *escoge*. Nunca sucede que los hablantes de una lengua confundamos el significado literal con el transpuesto, es decir no confundimos el significado literal con el metafórico, siempre estaremos en capacidad de diferenciarlos si manejamos el aspecto cognitivo al que se refieren. La dispersión semántica que se aprecia en las metáforas, a pesar de explicarse con base en su carácter polisémico y lato, está en capacidad de dar origen a nuevos significados si se emplea creativamente. La vaguedad es una de las manifestaciones de la flexibilidad de la lengua, la cual, al igual que la ambigüedad que comúnmente se le atribuye a la metáfora, pierde su carácter negativo cuando se le localiza en un contexto. Las construcciones metafóricas, anota este autor, y su capacidad para transmitir sentido son posibles debido a que las palabras no poseen márgenes de significación bien definidos.

Como el rótulo y su referente no permanecen al nivel de correspondencia uno a uno, la referencia misma no puede reducirse a una relación de una

sola vía y, en consecuencia, el problema del significado no puede resolverse satisfactoriamente dentro de un código único. (Radman, 1997:20).

Se dice que siempre que enfrentamos un texto intentamos acceder a él por la vía del lenguaje literal, que es una vía obligatoria como afirma Glucksberg (1991), y accedemos a lo no literal solamente cuando la lectura inicial no nos permite llegar al sentido que el texto adquiere en una situación comunicativa particular. En ese caso, aventuramos otras interpretaciones y, a partir de ellas, inferimos los procesos cognitivos que subyacen tras cada enunciado. Esta posición es ampliamente criticada por Katz (1998), pues se considera que, si el procesamiento básico de la lengua es estrictamente literal, el costo de aventurar una interpretación no literal es excesivo, dada la dificultad que se presenta para encontrar la acepción no literal de un término que sea apropiada para el contexto en el que está inmerso. Se considera, entonces, que tanto la opción literal como la no literal están disponibles al mismo tiempo y el trabajo de quien interpreta consiste en determinar cuál es la interpretación más apropiada de ese enunciado dentro de ese texto o situación comunicativa particular. Otros autores como Gibbs (1994) consideran que la información conceptual que provee el contexto y el conocimiento acerca de los intereses y las experiencias acumuladas de los interlocutores actúan como facilitadores en la interpretación del lenguaje figurado. Entender el significado de una expresión cualquiera no es solamente entender las referencias a las que esa expresión determinada alude, sino también prever las posibles referencias que tendría si las circunstancias contextuales fueran diferentes.

La metáfora adquiere valor a partir de los esquemas cognitivos que posee cada sujeto. Su gran flexibilidad le permite ajustarse a los requerimientos cognitivos que plantea tanto la entidad objeto de conocimiento como el sujeto cognoscente, para poder así dar cuenta de las necesidades comunicativas de quien percibe esa realidad. En el proceso de comunicación, tanto los enunciados metafóricos como los literales se procesan y se evalúan simultáneamente, y es el oyente quien se decide por aquél que se ajuste más a las necesidades que le plantea el contexto. La interpretación de los enunciados metafóricos no debe centrarse en revisar las alteraciones sintácticas y semánticas que sufre la estructura utilizada, sino que debe atender especialmente a las alteraciones que se producen en las presuposiciones implica-

das en los enunciados, es decir, la interpretación metafórica no requiere exclusivamente del conocimiento lingüístico –competencia lingüística–, sino que se basa más en el manejo de las presuposiciones, de los conocimientos previos y del contexto en el cual el enunciado se enmarca, o sea, depende, no de la competencia lingüística, sino de la competencia comunicativa. El concepto de contexto incluye tanto la información lingüística presente en la expresión empleada como la información extralingüística. Quien recibe una emisión debe realizar una serie de operaciones tendientes a comprender el enunciado, independientemente de su naturaleza metafórica o literal, a fin de poder ajustarlo al contexto comunicativo y a su universo cognitivo.

Los enunciados metafóricos se caracterizan por su flexibilidad significativa, de ahí que puedan ser utilizados en diferentes contextos y ajustarlos fácilmente a las necesidades significativas y comunicativas de quien los utiliza. Quien opta por lo metafórico se enfrenta a un proceso un poco más complejo que el que se lleva a cabo cuando se opta por lo literal, ya que se ponen en juego tanto su capacidad creativa como su habilidad para ser cognitivamente preciso y poder lograr así en su oyente una imagen de la realidad en cuestión que no se salga de los parámetros de lo posible.

La metáfora y su incidencia en la formación de pensamiento

La semántica considera que las figuras retóricas son el producto de alteraciones, modificaciones o reasignaciones de rasgos semánticos. En el caso particular de la metáfora, Aristóteles afirmaba que ésta surge cuando un término o expresión asume el significado signado para otro; para que la metáfora se produzca es necesario que vehículo y tópico o dominio de origen y dominio de llegada compartan uno o varios rasgos semánticos. Se sabe de hecho que los rasgos compartidos son más fuertes en el dominio de origen que en el dominio de llegada. No obstante, para que la metáfora cumpla su función cognitiva, los rasgos del dominio de origen que se seleccionan deben ser atribuibles al dominio de llegada, sin que el oyente tenga que hacer esfuerzos mayores que le permitan dar cuenta del sentido adoptado por el enunciado y reconceptualizar la realidad en cuestión a partir de los rasgos que se modifican. Lakoff y Johnson (1987) hacen énfasis en que los

dos dominios deben pertenecer a distintos dominios superordinados. Así cuando utilizamos expresiones tales como: “Eres mi sol” o “Eres mi luz” estamos atribuyendo una característica del dominio de origen del sol, al *ser humano*, dominio de llegada, quien no tiene la capacidad de iluminar, ni de producir calor, pero que, al atribuirle esas características, estamos modificando por lo menos nuestro punto de vista o nuestro concepto sobre esa persona en particular. En ambos casos, la característica atribuida a la persona permite mostrar que esa persona, a diferencia de otras, nos permite sentirnos bien, encontrar la razón de ser de muchas cosas, vislumbrar horizontes, etc. En el proceso de proyección transferimos atributos, entidades y proposiciones del dominio de los objetos iluminados al dominio de las emociones. En consecuencia, los autores mencionados describen la metáfora como la relación existente entre un dominio de origen y un dominio de llegada. El primero se nos presenta como el ente dador a partir del cual se concibe otra realidad, ya que uno o varios de sus rasgos se asignan a otro objeto o dominio de llegada, causando en el receptor o bien un primer concepto de esa realidad, si es la primera vez que la enfrenta, o una reconceptualización de la misma si ya había una experiencia previa.

Los modelos no semánticos o pragmáticos, en oposición, se caracterizan por partir del uso que el hablante hace de una expresión lingüística determinada pues se considera que

hay un contraste entre lo que las palabras significan literalmente y lo que el hablante intenta significar a través del uso de esas palabras. (Katz, 1998:27).

Así, Searle (1986), por ejemplo, considera que la interpretación de una metáfora exige cierta sensibilidad con el contexto ya que la comprensión de una expresión metafórica sólo es posible si se llevan a cabo una serie de procesos inferenciales que permiten deducir, por una parte, los procesos cognitivos que subyacen al enunciado lingüístico por el que optó el hablante y, por otra, aquello que comunicativamente pretende obtener de su interlocutor a través del enunciado proferido.

Los sistemas metafóricos, entonces, permean todo tipo de texto. Nos son útiles tanto en la construcción de los llamados textos objetivos como de los subjetivos; permiten expresar nuestras creencias y nuestros conocimientos acerca del mundo

que nos rodea y no pierden vigencia a pesar de la lexicalización que puedan sufrir, porque de todas maneras son la expresión de una visión del mundo, hecha por un individuo en particular, que ha interiorizado una serie de conocimientos con los cuales establece relaciones no sólo con el mundo exterior, sino internamente, a partir de las conexiones que se establezcan en la red neuronal que le permite almacenar esta información en el cerebro. Parece imposible estudiar cómo piensa la gente, cómo actúa e interactúa y cómo habla sin hacer referencia a la relación entre pensamiento figurado y lenguaje, dado que muchos aspectos relacionados con el uso de la lengua y su estructura dependen de los sistemas conceptuales que se manejan con respecto a lo cotidiano, los cuales a su vez están contruidos a partir de metáforas, metonimias y otras figuras retóricas que nos sirven de vehículos para abstraer y conceptualizar el mundo que nos rodea.

La lengua se nos presenta como un sistema de signos que hace posible referirnos a la realidad y que lleva impresa nuestra percepción del mun-

do. Es a través de la lengua que hacemos expresas aquellas características, sensaciones, relaciones que percibimos en la realidad que nos circunda y que, por medios diversos –entre otros el lingüístico–, hemos interiorizado en la mente. Es a través de la lengua que creamos y organizamos nuestro sistema conceptual. La lengua, además de ser un elemento codificador de la realidad, es una ayuda para la memoria y, muy especialmente, es la que hace posible que los seres humanos ‘pensemos pensamientos’ que serían de otra manera imposibles de configurar. En esa medida, pensamiento y lenguaje son interdependientes por cuanto la lengua nos permite formar, nutrir y organizar nuestro pensamiento, pero el pensamiento hace posible interrelacionar los elementos impresos allí y configurar nuevos conocimientos producto de esa interrelación.

La metáfora más que un recurso lingüístico es un recurso del pensamiento con funciones epistemológicas propias. Es decir, el lugar de la metáfora no está en la lengua, sino en la forma como conceptualizamos un dominio mental en

términos de otro. La metáfora invita al oyente a realizar ese diálogo interno que hace posible no sólo la comprensión de ciertos fenómenos, sino el poder también referirnos a ellos, invita a mirar la realidad en otra dirección. Es importante tener presente que gran parte del trabajo cognitivo que el ser humano desarrolla frente a diferentes aspectos de la realidad tiene sus bases en lo metafórico, lo cual convierte a la metáfora en uno de los modos primarios de constitución de pensamiento. Es probable que percibamos entonces la expresión metafórica como poco precisa para el evento descrito, pero se nos presenta como un elemento de gran ayuda en la comprensión de los diferentes fenómenos que son, en alguna medida, inalcanzables para el oyente, dado que salen del perímetro de sus conocimientos. La metáfora, pues, hace posible la comprensión de lo desconocido mediante la evocación de rasgos de otra realidad. De ahí que aquellos temas que presentan dificultad al ser humano por su complejidad, o por los prejuicios que frente a ellos se han desarrollado en cada cultura, como la *muerte* o la *vida* misma, han



“La inviolabilidad del domicilio”
Gloria Corral

sido conceptualizados y se ha hecho referencia a ellos a través de la metáfora o de otras formas de lenguaje figurado. Así que la metáfora se nos presenta como una función mental que se refleja en el uso de la lengua y que hace posible la expresión de lo inexpresable, de aquello para lo cual el lenguaje literal se queda corto; nos permite presentar gran cantidad de información de manera compacta, dada su capacidad de evocar otros dominios en el momento en que es utilizada para referirse a algo en particular. La emotividad que le imprime a lo expresado permite imprimirle mayor viveza a las imágenes que se crean a través de ella, a la vez que embellece lo dicho; de ahí que cuando nos referimos a aquello que tiene que ver con nuestros sentimientos, emociones, estados psicológicos abstractos, la metáfora en particular, y el lenguaje figurado en general, son los escogidos por los hablantes ya que de alguna manera permiten que lo expresado cause el impacto que se quiere en el escucha.

No obstante, y como ya lo presentamos, hay quienes consideran que lo figurado lejos de facilitar la comprensión mimética, oculta lo realmente sentido y percibido. Esta posición no acepta definitivamente la riqueza cognitiva de la metáfora y del lenguaje figurado en general, y su capacidad para transmitir conocimientos con claridad y precisión. No reconoce la invaluable contribución a los procesos de aprendizaje, dada su capacidad para facilitar los procesos de recordación de conceptos y la bondad para la comprensión de textos hechos en prosa.

La mente metafórica se caracteriza por tener un alto componente de experiencia corporal, por ser flexible y variable, en su afán de acomodarse a las necesidades comunicativas del hablante, por eso no es extraño encontrar que floten en ella la ambigüedad y la vaguedad a la par con la objetividad y la racionalidad.

La formación de conceptos no es ajena a la experiencia y a las metáforas. En consecuencia, se organiza con base en una matriz corporal, en los mecanismos perceptivos y la relación que éstos guardan con otras circunstancias de la realidad. Las relaciones espaciales –arriba-abajo, dentro-fuera, derecha-izquierda, etc.– se comprenden en el proceso de adquisición de la lengua a partir de las relaciones espaciales que se establecen en el cuerpo humano. Estas relaciones espaciales se han hecho extensivas a otros campos en los que lo que se expresa no es experimentable espacialmente pero, dado que guarda cierta relación que

se percibe como espacial, se hace manifiesta a través del uso de preposiciones cuya utilización inicial fue para rotular lo físicamente espacial.

A través del cuerpo hemos sido capaces no sólo de significar, sino muy especialmente de producir y comprender aspectos diversos. El conocimiento ha estado irremediablemente ligado al esquema, a la percepción corporal y al funcionamiento del cuerpo como un sistema. La experiencia entonces se adquiere y se procesa a través del cuerpo; son las acciones del cuerpo las que nos permiten transformar esas percepciones y sensaciones en acciones y tareas a realizar.

El cuerpo puede llevar a cabo y articular funciones complejas precisamente porque posee dentro de sí mismo la capacidad de intencionalidad, de dar patrones a la experiencia, de llevar a la síntesis datos desestructurados y deducir un significado de ésta. (Radman. 1997:99).

El cuerpo funciona activamente frente al conocimiento y fija la mayoría de los parámetros a través de los cuales accedemos al conocimiento de los objetos naturales y culturales. Determina, por otra parte, si esas realidades van a ser nombradas a través del lenguaje literal o del lenguaje metafórico, dependiendo de las sensaciones que se despierten en él. De esta manera, cuando la mente enfrenta fenómenos y procesos que no puede nombrar fácilmente a través del lenguaje literal, o que son abstractos, lo hace a través de la metáfora. Es importante anotar que la mente tiende a materializar lo mental, funciona mejor y crea conexiones más fácilmente cuando enfrenta hechos concretos que cuando lo hace frente a los abstractos. De ahí que tienda a concretizar lo abstracto a través de las transposiciones de significado que realiza en el proceso de metaforización. La mayoría de los actos mentales son inconscientes y por eso los percibimos como automáticos, pero en realidad son complejos y exigen una gran cantidad de trabajo neuronal. Los procesos mentales, abstractos por excelencia, son de hecho descriptos a partir de lo visual como una forma de concretizarlos: *vemos* soluciones a los problemas, muchas de ellas son inclusive *brillantes* u *oscuras*, también pueden funcionar de manera *rápida* o *lenta*, o podemos poner algo *dentro* o *fuera* de esas soluciones. Por esta razón, la lingüística cognitiva atribuye a la metáfora una cualidad especial a la hora de construir conocimiento y de interiorizarlo en el pensamiento, y se ha concentrado en inferir los procesos cogni-

tivos que subyacen al empleo de enunciados lingüísticos en los que predominan ciertas estructuras, imágenes, espacios mentales, metáforas y metonimias que funcionan como expresiones del pensamiento.

Para finalizar y a manera de conclusión, nos parece importante señalar cuatro hipótesis que plantea R. Gibbs Jr. (1998) acerca de la relación entre pensamiento y lenguaje y la incidencia de la metáfora en esta relación. Veamos:

1. *El pensamiento metafórico juega un rol en lo que las palabras y las expresiones significan.* Desde esta perspectiva se explica cómo algunas palabras han ido modificando sus significados con base en extensiones metafóricas. Así, palabras cuyo significado era del mundo de lo no tangible, de lo no físico se han tornado tangibles y físicamente posibles, o a la inversa palabras que eran parte de lo tangible adquieren una significación no tangible. Metáforas conceptuales del tipo *comprender es ver*, en las que el *comprender* es un proceso mental no tangible, se torna tangible en tanto se equipara al *ver* que exige la presencia de algo concreto y tangible. De ahí expresiones como *Veo perfectamente lo que quieres decir* en donde *ver* significa *comprender*.
2. *El pensamiento metafórico motiva los significados lingüísticos que tienen lugar dentro de las comunidades lingüísticas, o puede desempeñar algún rol en lo que los hablantes / oyentes presumen que han comprendido de la lengua.* Se han encontrado varias evidencias con respecto al hecho de que los significados, particularmente en hablantes / oyentes contemporáneos, son motivados por metáforas. Así, algunas expresiones utilizadas en el amor como *Mira hasta dónde hemos llegado* se refieren al amor como *un viaje*, en donde el amor no tangible se mide en términos del camino recorrido en un viaje, para hacerlo tangible. Los hablantes de una comunidad emplean diversos mecanismos metafóricos para comprender realidades que les son cercanas y que no podrían expresar con tanta 'exactitud' a través de expresiones literales, de ahí que algunos usos polisémicos surjan de usos metafóricos, aunque ya no

se perciban como tales. El *ver*, por ejemplo, ha sido empleado con el sentido de *saber* o *comprender* desde hace tanto tiempo que no percibimos en su uso una metáfora conceptual. Por eso expresiones como *¡Ya veo!* son comprendidas como *¡ya sé!* o *¡ya comprendo!* y no se considera siquiera que allí se dio una traslación de sentido de lo no tangible a lo tangible.

3. *El pensamiento metafórico motiva la vida real. Hablantes contemporáneos usan y comprenden el por qué diferentes palabras y expresiones significan lo que los hablantes quieren significar.* Algunas metáforas se refieren efectivamente a cómo los hablantes efectivamente conciben una realidad determinada y no a lo que las palabras en sí mismas significan, ni a los nombres con los que desde el mundo de la literalidad se pueden nombrar determinadas realidades. Así cuando nos referimos a felicidad, ansiedad, euforia las equiparamos a calor, a recipientes calientes o, a la inversa, tristeza o depresión a frío, de ahí expresiones como *Ardo de alegría* o *Tengo el alma helada de tristeza*.



“Galleta de campo”
Blas Pedraza

4. *El pensamiento metafórico actúa en línea directa sobre el uso y la comprensión de los significados lingüísticos que la gente tiene.* La historia ha demostrado cómo las metáforas conceptuales, con el correr de los días, pierden su sabor metafórico y se convierten en expresiones idiomáticas en cuyo caso entran a ser parte del uso cotidiano de la lengua y se ignora el desplazamiento de sentido que una palabra o grupo de palabras sufrieron en un determinado momento.

KATZ, A.N., C. CACCIARI, R.W. GIBBS (Jr.) y M. TURNER (1998). *Figurative language and thought*. New York, Oxford, Oxford University Press.

RADMAN, Z. (1997). *Metaphors: figures of the mind*. Dordrecht, Boston, London, Kluwer Academic Publishers.

SEARLE, J. (1986). "Metaphor", en *Expression and Meaning, Studies in the Theory of Speech Acts*. Cambridge, Cambridge University Press: 76-116.

STEINHART, E. y E. KITTAY (1994). "Generating metaphors from networks: A formal interpretation of the semantic field theory of metaphor", en HINTIKKA, J., *Aspects of metaphor*, Dordrecht, Boston, London: Kluwer Academic Publishers: 41-94.

STERN, J. (2000). *Metaphor in Context*. Massachusetts, Cambridge, London, A Bradford Book, The MIT Press.

Bibliografía

LAKOFF, G. y M. JOHNSON (1987). *Metáforas de la Vida Cotidiana*. Madrid: Cátedra, Colección teorema.

GIBBS, R. (1994). *The Poetics of mind: Figurative thought, language and understanding*. Cambridge, Cambridge University Press.

GLUCKSBERG, S. (1991). "Beyond literal meaning: psychology of allusion" en *Psychological Science* 2: 146-152.

Fecha de recepción: Diciembre 2006
 Fecha primera evaluación: Enero 2007
 Fecha segunda evaluación: Febrero 2007



"En el ápice"
Santiago Echaniz